

Estado de transmisión

Chris Moriarty

Traducción:  
Isabel Blanco González



Título original: *Spin State*  
Primera edición

© Chris Moriarty, 2003, published by arrangement with Lennart Sane Agency AB

Ilustración de cubierta: Stephen Martiniere

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».  
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)

[www.lafactoriadeideas.es](http://www.lafactoriadeideas.es)

ISBN: 978-84-9800-xxx-x Depósito legal: xxxxx-xxxx

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 9

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **[informacion@lafactoriadeideas.es](mailto:informacion@lafactoriadeideas.es)**, que indique claramente:  
**INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS**

Para Mitchel

## Agradecimientos

Quiero darle las gracias en especial a Anne Lesley Groell por su brillante edición y su atento oído, siempre dispuesto a escuchar; a Charles H. Bennett, a John A. Smolin y a Mavis Donkor, del Grupo de Información Cuántica de los laboratorios Watson de IBM por el aluvión de ideas, el asesoramiento técnico y los chistes sobre teletransporte cuántico; a Ann Chamberlin y a M. Shayne Bell, por su amabilidad más allá de los límites del deber; a Scott Anderson, Julia Junkala, Jim McLaughlin, Susan Mayse, Tony Pustovrh y Kirsten Underwood por ser los mejores lectores que un escritor podría pedir; a Judith Tarr por su sensato consejo y su constante estímulo; a John Dorfman por prestarme apoyo desde el comienzo y, por supuesto, al fabuloso Jimmy Vines, que hizo todo esto posible.

Entonces nos topamos con un hombre leopardo que se rumoreaba que era un caníbal. No debió de pensar que teníamos muy buena pinta para comer, porque sonrió y se dejó fotografiar como un guía turístico veterano. Después de eso, yo empecé a preguntarle a todo el mundo dónde podíamos encontrar a un caníbal auténtico. Quería verlos, conocerlos.

—Existen —me dijeron mis anfitriones.

—Sí, pero ¿dónde?

—Nadie lo sabe, pero no tienen nada de especial. Ni siquiera se los diferencia de la gente normal.

—¡Ah!, pero yo tengo que conocerlos, comer con ellos. Quiero comerme a una persona, aunque no sea más que un mordisco. ¡Solo para probar!

Louis Lachenal, *Cuadernos de vértigo*

## Entrelazamiento

Ciertamente la mecánica cuántica se está imponiendo, pero algo me dice que no es la teoría que estamos buscando. Explica muchas cosas, pero en realidad no nos acerca en absoluto al secreto del ser primigenio. Yo, por mi parte, estoy convencido de que Dios no juega a los dados.

—Albert Einstein

Puede que Dios no juegue a los dados, pero desde luego la Diosa sí que sabe jugar a las cartas.

—Hannah Sharifi

La despacharon de cualquier manera, medio congelada y con el cuerpo aún magullado por las mejoras de última hora.

Después solo recordó detalles de la misión. El roce de una mano. El estallido del disparo de un rifle. La rápida visión de un rostro brillante, como cuando un pez asciende a la superficie en aguas oscuras. Y de lo que se acordaba no podía hablar, o de lo contrario los psicotécnicos descubrirían que había estado pirateándose su propia memoria.

Pero eso fue después. Después del consejo de guerra. Después de que el salto se disipara y de que los tanques de rehabilitación se la robaran. Antes de eso, su memoria seguía fresca, intacta y sin editar. Seguía siendo suya.

Al fin y al cabo, ella había estado allí.

Li supo que Metz iba a ser algo gordo en cuanto conoció al oficial de enlace que le envió TechComm para dar instrucciones a su pelotón. Veinte minutos después de tocar la superficie del planeta, el capitán del Consejo de Seguridad de la ONU, C. Xavier Soza, sufrió un choque anafiláctico. Li firmó la orden para trasladarlo a la sala de emergencias de la base y le pidió al oráculo la lista de parientes más cercanos.

Las alergias iban de suyo junto con el uniforme, por supuesto. La terraformación era simplemente una forma benigna de guerra biológica: antes o después, cualquiera que tuviera que comer, respirar o desenvolverse por las bases administrativas, acababa en medio del fuego cruzado. Aun así, ningún posthumano normal era tan frágil. En esa ocasión, TechComm les había enviado a un humano criado en el Anillo genuinamente inadaptado. Y los jóvenes humanos inteligentes no se dejaban enviar medio congelados a la Periferia; no se arriesgaban a sufrir una decoherencia cuántica y un fallo respiratorio, a menos que fuera para hacer algo realmente importante: algo que los jefazos no confiarían ni a una IA, ni a un colono.

Soza se pasó treinta horas en los tanques, tratando de recuperarse, antes de poder darles las instrucciones. Parecía estar lúcido cuando finalmente se presentó ante el pelotón, pero seguía agotado y casi sin aliento, y sufría el peor ataque de urticaria que Li hubiese visto nunca.

—Comandante —dijo él—, lamento que hayas tenido que hacerte responsable de esta pequeña crisis; no era así precisamente como esperaba conocer a la heroína de Gilead.

Li retrocedió. ¿Acaso jamás iba a poder dar un paso sin que su reputación la precediera?

—No importa —dijo Li—, eso nos pasa a todos.

—A ti no.

Li examinó el atractivo rostro de Soza, inconfundiblemente humano. Buscaba en él el indicio de un insulto, pero no encontró ni rastro. De hecho, él bajó la vista tan rápidamente ante su atento escrutinio, que ella sospechó que a él se le habían escapado aquellas palabras sin pensar y sin imaginar cómo iban a sonar. Li desvió la vista entonces hacia el pelotón: estaban todos sentados sobre sillas de proporciones humanas, detrás de mesas diseñadas también para individuos humanos. Li sintió la habitual punzada de alivio, vergüenza y envidia. Después de todo, el hecho de que sus antepasados hubieran embarcado en una nave comercial y hubieran pagado el pasaje con sangre y tejidos, en lugar de dinero, era una pura casualidad: una mera coincidencia que había expuesto al conjunto de sus genes a algo más que a la simple posibilidad de mutar debido a la exposición a la radiación y a la lluvia radiactiva que se producía siempre en la terraformación; una mera coincidencia que hacía de ella una extraña incluso entre posthumanos.

—No —le respondió ella finalmente a Soza—. A mí no.

A pesar del supuesto desliz, Soza rebosaba tranquilidad y docta confianza en sí mismo cuando por fin se puso en pie para dar las instrucciones. El uniforme le sentaba como solo puede sentar un uniforme de verdadera lana, y hablaba un español fluido y correcto que hasta los dos nuevos hombres alistados podían entender sin necesidad de acceder al disco duro de memoria. Era la viva imagen del perfecto oficial de la ONU dedicado al mantenimiento de la paz.

—El objetivo está localizado bajo una planta de procesamiento de remolacha, disimulado por la temperatura de la planta —explicó él. Luego movió los labios, y un esquema de la corriente de espacio del objetivo se desdobló a tamaño real como una flor asimétrica que girara sobre sí misma—. Hay cinco laboratorios bajo tierra, y cada uno de ellos es una pequeña instalación para la virufacturación. El sistema está sellado. No hay puertos de entrada para la corriente de espines ni red de rv; ni siquiera hay acceso por marcación. El único modo de entrar es introducir al pirata en forma de espía humano.

Soza asintió en dirección a Kolodny, que enderezó la espalda, habitualmente encorvada, y sonrió con malicia. Kolodny tenía una cicatriz nueva a lo largo de una de las mejillas. Era reciente, pero no tanto como para que Li no debiera recordarla. Li examinó los archivos que tenía cargados en ese momento, pero no encontró nada. Entonces realizó una revisión paritaria. Nada. ¡Por Cristo!, pensó, sintiendo que se mareaba, ¿cuántos datos había perdido en esa ocasión?

Iba a tener que encontrar a alguien que le colocara un parche en los archivos de arranque; alguien capaz de guardar un secreto. Antes de que se olvidara de más datos de los que podía permitirse.

—El resto de vosotros ayudaréis al equipo de agentes a traspasar el muro ciego —estaba diciendo Soza—, y recogeréis muestras biológicas mientras la IA va de pesca. En esta misión nos interesa todo lo que podáis encontrar: códigos fuente, *hardware*, artefactos húmedos. Especialmente artefactos húmedos. En cuanto la IA tenga el código del objetivo en un cubo, borraré sus huellas y os retiraréis. Con un poco de suerte, sin ser detectados.

—¿Qué IA vamos a llevar? —preguntó Li.

Antes de que Soza pudiera contestar, Cohen entró en la sala.

Por supuesto Cohen no era su nombre real, pero llevaba tanto tiempo llamándose a sí mismo de ese modo, que poca gente recordaba siquiera su número Toffoli. Li no había visto nunca antes la interfaz que llevaba ese día, pero supo que era Cohen quien estaba conectado antes incluso de que terminara de cerrar la puerta. Llevaba un traje de seda del color de las hojas en otoño; de seda natural, no de ese género que se cultiva en tanques, y se movía con la tranquila y lenta gracia de un conductor de red multiplanetario en medio de artefactos húmedos de última generación. Y ahí estaba su irónica sonrisa, el mero esbozo de una risa tras esos ojos de largas pestañas, sugiriendo vaga pero insistentemente, que fuera de lo que fuera de lo que estuviera hablando contigo, no podía ser ni con mucho tan importante como cualquiera de los innumerables asuntos que él se traía entre manos.

Como siempre, se presentaba exactamente en el momento preciso y oportuno, pero dando a entender con su actitud que en realidad no tenía ni idea de qué hacía allí.

—¡Ah, hola! —saludó, al tiempo que pestañeaba, vagamente confuso—. ¡Ah, ya!; las instrucciones. ¿Me he perdido algo?

—Aún no —respondió Soza—. Me alegro de que hayas podido venir.

Soza le habló a Cohen en francés, y Li se quedó mirando el espacio que quedaba en medio de los dos y preguntándose cómo era que se conocían y hasta qué punto se conocían en realidad, en ese mundo privilegiado que los habitantes del Anillo llaman la vida normal.

Cohen la pilló mirándolos, sonrió y dio un pasito corto en dirección al hueco que quedaba entre los dos. Pero ella se dio la vuelta. Él se dirigió entonces a un asiento en la parte de atrás de la sala. Se inclinó hacia delante al sentarse y susurró algo a oídos de Kolodny que, a su vez, reprimió una carcajada.

—¿Interferimos en tu vida social, Cohen? —preguntó Li—. ¿Quieres que nos traslademos a otro sitio a dar las instrucciones?

—Lo siento —murmuró Kolodny.

Cohen se limitó a levantar una ceja. Justo mientras lo hacía, un escolar delgado de pelo moreno entró trotando en la parte frontal del cerebro de Li, jugando a regatear con una pelota de fútbol. El escolar ejecutó una elaborada pantomima a modo de disculpa e hizo rebotar la pelota con la punta del pie, calzado con una zapatilla de tacos. Después se guardó la pelota debajo del brazo y se marchó a grandes zancadas hacia un punto indefinido por detrás de la oreja derecha de Li. Los tacos le hicieron cosquillas: Li tuvo que resistirse al impulso de alzar la mano hasta la frente para rascarse.

<Cállate>, le dijo Li a Cohen.

Las transmisiones Bose-Einstein de la estación de Metz estaban aquel día estropeadas. Por delante de la visión periférica de Li pasó un rápido bombardeo de mensajes

acerca del estado de las comunicaciones, informándole de que la estación de repetición estaba estableciendo el entrelazamiento, buscando un canal de espuma de espín, proyectando espines, estableciendo correspondencias entre espinbits y e-bits, iniciando la transformación Sharifi, corrigiendo desviaciones significativas de espines y enviando los duplicados de los flujos de datos a cualesquiera segmentos distantes de la red de Cohen que estuvieran en ese momento dirigiendo aquella instrucción al pelotón.

Antes del descubrimiento de Bose-Einstein en el mundo de Compson, antes de los primeros y primitivos bancos de entrelazamiento y estaciones repetidoras, antes de Hannah Sharifi y de la teoría de la Coherencia, un mensaje de Metz a la Tierra habría tardado casi tres días y habría transcurrido a lo largo de un estrecho y ruidoso canal no interactivo. En ese momento, sin embargo, las formaciones Bose-Einstein enviaban los datos entrelazados disparados a través de los efímeros agujeros de gusano de espuma de espín de la mecánica cuántica con la suficiente rapidez como para enlazar a todo el espacio de la ONU al completo, formando un universo vivo, envolvente y emergente de corriente de espines.

Excepto, por lo visto, ese día.

<¿Es que no puedes conseguir un canal mejor?>, preguntó Li.

<Ya lo he conseguido>, respondió Cohen antes de que ella hubiese terminado de pensar la frase. <Y si yo te importara de verdad, te reirías de mis bromas. O al menos fingirías que te hacen gracia.>

<Atento, Cohen, porque mañana Kolodny se juega el pellejo, aunque ya sé que tú no, claro.>

Soza había vuelto a desplegar una imagen virtual para explicar la logística de la incursión del día siguiente. Si todo salía tal y como estaba planeado, Cohen se conectaría a través de Kolodny para extraer el código del objetivo. El resto del pelotón de Li tendría solo dos tareas: introducir y sacar de allí a la IA, y recoger muestras biológicas mientras él burlaba la seguridad en línea. La misión sonaba un poco distinta de las otras dos docenas de ataques tecnológicos que había dirigido Li quien, impaciente, no podía dejar de pensar que Soza habría podido comunicarles esas instrucciones mucho más eficazmente de haber volcado los datos en el disco duro que compartía todo el pelotón. Li aguantó otros cinco minutos más y luego lo interrumpió para hacerle una pregunta obvia que, no obstante, aún seguía sin respuesta:

—Y, ¿qué es lo que estamos buscando?

—Pues... —comenzó Soza.

Soza vaciló, y Li vio un atisbo de su inseguridad en sus ojos. Esta recordó la primera misión bajo su mando, el pánico que había sentido al preguntarse si sería capaz de darle órdenes a un aguerrido grupo de veteranos de combate; si podría obligarlos a resistir. Pero por aquel entonces ella era diferente, por supuesto. Había estado liderando las Fuerzas por la Paz, en combate contra las tropas de tierra del sindicato, desde mucho antes de su primera misión oficial. ¡Demonios!, había sido, de hecho, la oficial al mando en el campo de batalla, durante tres años, antes de que su superior recomendara a un constructo genético híbrido, criado solo en una cuarta parte, como candidato para la escuela de oficiales.

—Nuestros informes... —continuó Soza, tras aclararse la garganta—. Nuestros informes indican que la instalación está fabricando productos de la Lista de Tecnología Controlada.

Alguien reprimió una carcajada. Dalloway, pensó Li.

—Eso no es gran cosa —dijo Li—. La última vez que vi la LTC, tenía ya varios miles de páginas. Si entramos solo con eso, vamos a tener que confiscar hasta los relojes de pulsera y los cortaúñas.

—También tenemos pruebas firmes de que la empresa matriz se inclina por el sindicato.

—¿Y eso es todo? —preguntó Li, incrédula.

—Eso es todo —respondió Soza.

Por supuesto, Soza estaba mintiendo. Li pudo verlo en sus ojos, que sostuvieron su mirada con una imperturbable y antinatural tranquilidad.

La mente de Li retrocedió entonces a su primer encuentro con Helen Nguyen. ¡Por Cristo!, ¿cuántos años habían transcurrido? Por aquel entonces Li era más joven que Soza, pero ya había sobrevivido a Gilead. En aquel discreto despacho, de pie ante la mujer que se rumoreaba era la mejor y más implacable espía de la ONU, Li había comprendido que con el apoyo de Nguyen también podría sobrevivir a la paz.

—Las personas que no saben mentir siempre piensan que basta con sostener la mirada del otro para engañarlo —le había murmurado entonces Nguyen con una desconcertante sonrisa en los labios—. Pero se equivocan, claro está. No hay ningún truco para mentir, excepto practicar. Así que, ¡a practicar! Es decir, si quieres trabajar para mí.

Li se puso en pie e inclinó el dedo pulgar en dirección a la puerta.

—¿Podemos hablar en privado, capitán?

Los miembros del pelotón contuvieron el aliento, musitaron y se revolvieron en sus asientos. Bien, se dijo Li, siempre era bueno para su moral que supieran que estaba dispuesta a luchar por ellos hasta el final, pero eso no significaba que fuera a interrogar al oficial de enlace de TechComm delante de ellos.

Li siguió a Soza hasta la puerta. Cohen, que estaba al fondo de la sala, se puso en pie y se estiró como por casualidad para, finalmente, escabullirse tras ellos sin preguntar siquiera si molestaba.

—Vamos —dijo Li en cuanto los tres estuvieron en el pasillo vacío—, ahora cuéntame la verdad.

—Esa es la verdad —respondió Soza, que seguía respaldando su mentira y depositando toda su confianza en el truco del contacto visual—. Es lo que nos ha contado Intel.

—No, no lo es. Ni siquiera Intel es tan estúpido. ¿Es este tu primer viaje a la Periferia, Soza?

El capitán no respondió.

—Bien. Bueno, pues permíteme que te cuente lo que ellos no te han contado al darte las instrucciones. La mitad de la gente de este planeta son constructos genéticos registrados. La otra mitad ni siquiera sabe qué demonios es, ni cumpliría los requisitos para obtener un pasaporte legal aunque tuviera dinero para pagar el análisis genético. El único humano de este sistema, aparte de ti, es el gobernador. Le mandan el oxígeno, la comida

y el agua que necesita, y su vehículo oficial está equipado con un sistema integral de soporte vital aunque, de todos modos, para lo que hace, podría vivir en la Tierra. Yo podría meterte en un taxi y llevarte a ver sitios en los que jamás ha estado un humano; sitios en los que te mirarían como mirarías tú a un dinosaurio. Los sindicatos, por otro lado, son casi vecinos nuestros. Estamos a ocho meses de viaje sublumínico del sindicato Knowles y a quince del sindicato Motai. La mitad de los cargueros del sistema podrían llevarte al espacio de los sindicatos siempre y cuando estuvieras dispuesto a pagar, a mantener la boca cerrada y a olvidarte de las caras de los otros pasajeros.

Soza abrió la boca para hablar, pero Li alzó la mano con impaciencia.

—No estoy siendo desleal, solo soy realista. Durante las incursiones colocamos tropas antidisturbios aquí, en la superficie. Y no es precisamente una cuestión que la gente olvide así como así, sea cual sea su bando. En Secretaría lo saben; por eso ahora se andan con pies de plomo con las bases administrativas. Y por eso tampoco, ni en un millón de años, organizarían una incursión tecnológica solo porque una empresa local se muestra demasiado amistosa con los sindicatos. No, hay otra razón para esta misión. Y lo correcto es que tú juegues limpio conmigo.

—No puedo —dijo Soza, que acto seguido miró a Cohen en busca de ayuda.

La IA se limitó a encogerse de hombros.

Li esperó.

Soza soltó una risita incómoda.

—La general Nguyen me advirtió acerca de tu... eh... tu poder de persuasión, comandante. Oye, yo te admiro de verdad. Deberían haberte nombrado coronel la última vez: todos los que siguen vivos lo saben. Tenerte es un honor para... bueno, para todos los colonos. Pero tú sabes que ese tipo de información, políticamente delicada, no se puede revelar a la tropa.

—Pero a ti sí te la pueden revelar.

—Pues... claro.

—¿Y tú vas a venir con nosotros mañana?

Li había formulado la pregunta en un tono de voz cuidadosamente neutral. No quería humillar, pero desde luego tampoco iba a andarse con miramientos.

—No —respondió Soza que, al menos, tuvo la delicadeza de sonrojarse.

—Así que cuando empiecen los fuegos artificiales, no tendremos allí a nadie que pueda decirnos cuándo ha llegado el momento de soltar amarras y salir pitando. No estoy dispuesta a mandar a mi gente a una misión en esas condiciones.

La negativa le llegó al alma a Soza.

—No son tu gente, comandante. Son las Fuerzas de Paz de la ONU, y están bajo el mando de TechComm durante el tiempo que dure esta misión.

—TechComm no tendrá que ir a visitar a sus familias cuando los enviemos a casa en un ataúd —replicó Li.

Li dio un paso adelante. Se quedó cara a cara frente a Soza y lo miró directamente a los ojos, de modo que él pudiera ver como se apagaba la luz verde del piloto de encendido de la caja negra de detrás de su pupila izquierda.

—Escucha, me he desconectado. Estoy solo con la memoria RAM, que se borrará en cuanto salgamos del sistema —explicó ella.

Bueno, no era así exactamente, pero quizá Soza fuera demasiado joven como para conocer todas las formas de enredar en los archivos de las Fuerzas de Paz.

—Tú tampoco estás autorizada a conocer esa información —dijo entonces Soza, tenso.

En esa ocasión no la llamó comandante.

<Bueno>, dijo Cohen en línea, <no se puede decir que haya sido un éxito rotundo>.

Li no le hizo caso.

—¿Y cómo vamos a hacer el trabajo, si ninguno de los que vienen con nosotros sabe siquiera qué estamos buscando?

Era el tipo de tontería que quizá allá, en Alba, sonara a buena idea, pero que resultaba mortal en la Periferia.

Los ojos de Soza se desviaron entonces hacia Cohen por una fracción de segundo: algo en lo que Li no habría reparado de no haber estado esperándolo en parte.

—¡Ah, ya! —dijo ella—, ya comprendo.

Li se giró y miró a Cohen. Cohen se aclaró la garganta y miró a su vez a Soza.

—Creo que por esta vez te has salvado —le dijo Cohen a Soza.

Soza miró vacilante a Li.

—Vale, bien, adelante —dijo Li—. Sigue con la instrucción por donde la has dejado. Yo ya extraeré lo que me falte de la memoria de Kolodny.

—Yo solo obedezco órdenes —se disculpó Soza.

Li se encogió de hombros y sonrió.

—Lo sé.

Nada más entrar de nuevo Soza en la sala, Cohen cerró la puerta y apoyó en ella la espalda.

—¿Y bien? —preguntó Li en cuanto comprendió que él no iba a contarle nada.

—Y bien, ¿qué? —preguntó él a su vez, esbozando aquella sonrisa de niño pequeño en apuros que ella había visto en una docena de interfaces suyas diferentes.

Una vez más, el rostro de Cohen de ese día era el de un chico joven de piel tersa aunque, ¿se trataba realmente de un chico? Fuera como fuera su rostro era bello, y su cuerpo parecía haber traspasado muy recientemente el umbral de la madurez, de modo que llenaba a la perfección el exquisito traje. ¿De dónde sacaba Cohen a esos jóvenes? Y suponiendo que solo la mitad de ellos tuvieran la edad que aparentaban, ¿cómo se las ingeniaba con la ley que prohibía implantar conductores en un menor?

*Bueno, al menos no es Roland*, pensó ella. Roland era un error que no necesitaba recordar en ese momento.

—¿Pensabas contármelo siquiera? —preguntó ella.

—No puedo —contestó Cohen—. *Desolé*.

—¿No puedes, o no quieres?

—No puedo. En serio —dijo él, que parecía sentirse violento—. Soy una persona non grata en Alba desde el fiasco de Tel Aviv.

—Ya —dijo Li. Estaba convencida de que Cohen jamás volvería a trabajar para TechComm después de lo de Tel Aviv. Pero casualmente Cohen estaba en Metz, y Nguyen debía andar detrás de algo verdaderamente importante cuando requería de la mejor IA que pudiera encontrar y estaba dispuesta incluso a recurrir a él—. Y, por cierto, ¿qué ocurrió en Tel Aviv?

—Lo de siempre: buenas intenciones que al final acaban por agriarse.

—Querrás decir por ponerse rancias, por lo que yo he oído decir. Circula por ahí un rumor según el cual trataron de quitarte tu nacionalidad francesa.

Cohen la miró de reojo. Una enigmática sonrisa curvaba sus labios.

—¿En serio?

—Bueno, pues no me lo cuentes. De todos modos no es asunto mío. No es como el secretito de Soza.

—Querida: yo te lo contaría, te lo juro. Te lo contaría todo si estuviera seguro de que ninguna de mis confesiones iba a llegar a la encantadora general Nguyen. Pero, como ya te he dicho, no puedo. TechComm me ha obligado a entregarles todos mis puentes y mis salidas traseras antes de limpiarme para este trabajo, y luego me han metido a una de sus IA domesticadas dentro. Juega tan bien con mis conexiones, que ni siquiera encuentro mis caprichosos enlaces —dijo Cohen, torciendo sus juveniles labios femeninos—. ¡Es humillante!

—Entonces, ¿por qué has aceptado el trabajo? —preguntó Li—. Y no me digas que por el dinero, porque te conozco.

Cohen apartó la vista.

—¡Por Cristo! ¿Te van a pagar con tecnología? ¿Por una misión en la que hay que disparar? ¿Cómo puedes hacerle esto a Kolodny? ¿Cómo puedes hacérselo a todos nosotros?

Cohen rebuscó en el bolsillo del pantalón y sacó una delgada pitillera esmaltada.

—¿Un cigarrillo? —ofreció él.

—No —contestó Li furiosa, pero a continuación cambió de idea y lo aceptó.

Los cigarrillos elaborados en el Anillo eran demasiado buenos como para despreciarlos, aunque fuese por una cuestión de principios. Además Cohen solo fumaba tabaco de primera calidad.

Él alargó la mano y se lo encendió, sin tocarla, sin invadir su espacio personal, sin mirarla a los ojos siquiera, es decir, respetando todas las sofisticadas prohibiciones entre amigos que han sido amantes.

Fumaron en silencio. Li se preguntó en qué estaría pensando él, pero al alzar la vista vio que simplemente miraba para abajo y lanzaba anillos de humo por la boca.

—Escucha —dijo Cohen por fin, cuando ella estaba a punto de decirle que ya era hora de volver entrar en la sala—, lo necesitamos. De no ser así, no os haría esto ni a ti ni a Kolodny.

—¿Necesitarlo?, ¿quiénes?

—Nosotros. Yo.

Hablaba con la indiferencia hacia los límites individuales propia de las IA emergentes. Los pronombres personales no significaban nada para él: «yo» y «él» cambiaban cada vez que firmaba una participación en la red o un contrato de asociación; «nosotros» podía significar nadie o un centenar, aunque al menos no sonaba como si estuviese planeando subastar la tecnología al mejor postor. Y eso ya era algo.

Li arrojó el cigarrillo al suelo y lo aplastó con la punta de la bota. Nada más aterrizar la colilla, la aleación de virUFACTURA del suelo movilizó sus estropajos y, en cuestión de segundos, no quedó ni rastro sobre la superficie gris mate.

—¡Odio estos suelos! —exclamó Cohen, observando con el ceño fruncido el lugar exacto en el que había caído el cigarrillo—. Estoy esperando a ver si fabrican uno que de verdad sea capaz de distinguir cuándo tiras algo a propósito y cuándo simplemente se te cae del bolsillo. He perdido algunas joyas realmente bonitas por su culpa, por no mencionar la dirección del chico más guapo con el que jamás he logrado acostarme.

—¡Qué gran víctima eres! —comentó Li con voz cansina.

—Sí, bueno, todos tenemos nuestros asuntillos —contestó él, mirándola expectante—. ¿Qué vas a hacer tú con esta misión?

—Llamar a Nguyen y pedirle mis órdenes por escrito —respondió Li con sarcasmo—. ¿Qué, si no?

Cohen la miró larga y severamente antes de decir:

—Siempre puedes confiar en mí.

Él la observó con una quietud absolutamente inhumana, como si fuera una marioneta a la que hubieran cortado los hilos electrónicos. Li había aprendido a distinguir esa quietud a lo largo de los años, había aprendido a rastrearla en el horizonte de su amistad, igual que un escalador sigue el rastro de la nube tormentosa que se cierne sobre la siguiente cumbre. Sin embargo no sabía qué significaba, igual que no sabía qué significaba el tiempo: solo sabía que era una señal. A veces, la única señal.

<Catherine.> Cohen le habló en línea con la sinuosa voz de tenor que ella, ingenuamente, seguía creyendo suya. <Yo nunca te pondría en peligro. Por nada del mundo. Tú lo sabes. Me conoces.>

Li se quedó mirándolo. Se quedó mirando los ojos que cambiaban con cada nueva interfaz a la que él se conectaba; se quedó mirando el misterio que se ocultaba tras esos ojos. Él era lo más parecido a un amigo que había tenido durante los últimos quince años, desde que se había alistado; los únicos años de los que guardaba la memoria en el banco de datos del Cuerpo. Y eso era tanto como decir que él era el único amigo que había tenido jamás. Conocía sus caras costumbres, sus astutos trucos y sus cambios de humor tanto como los preciosos cuerpos que se ponía encima con la misma facilidad con la que se ponía las camisas que le hacía el sastre. Sabía a qué países él llamaba su hogar y a qué Dios rezaba. Pero cada vez que trataba de tocarlo creyendo que era algo real, algo sólido, él se le escurría entre los dedos y la dejaba con las manos vacías.

No lo conocía. Dudaba que alguien pudiera nunca llegar a conocerlo.

¿Confiar en él? La sola idea era como bucear a ciegas en aguas oscuras.

—¿Lo ves? —preguntó Kolodny al tiempo que retiraba el seguro de la carabina con una precisión tan automática que Li tuvo una repentina visión de sus microtransmisores, enviando una corriente eléctrica por sus filamentos de acero cerámico.

Sabía solo por pura costumbre que Cohen estaba desconectado y que era Kolodny quien hacía la pregunta.

Avanzaban despacio. Las violentas tormentas de arena de Metz de los albores del amanecer ocultaban las huellas de la nave. Ante ellos, resplandecientes, se extendían los campos cuadrículados. Las llanuras desaparecían en un monótono horizonte que jamás había conocido glaciares ni cauces de ríos. La nave levantaba columnas de tierra

negra superficial virufacturada a modo de estela, inundando la nariz de Li de ese exótico y penetrante olor que tienen las cosas putrefactas.

Li cruzó la zozobrante cubierta de vuelo de la nave y sacó la cabeza al viento para observar. Según el GPS, el objetivo estaba cerca; lo suficientemente cerca como para resultar visible en un planeta plano como aquel. Pero Metz estaba solo parcialmente terraformado: su atmósfera seguía hirviendo de Von Neumanns activos y virúculas, de modo que a sus instrumentos ópticos les costaba penetrar la neblina de la radiación. Li entrecerró los ojos y cambió a visión de infrarrojos y a telemetría cuántica. No sirvió de nada.

—¡Eh, Kolodny! —la llamó alguien—. ¿Está la IA en línea?

Li no tuvo que girarse para saber que el que hablaba era uno de los nuevos reclutas: los novatos siempre se mostraban fascinados por las IA.

—Todavía no —respondió Kolodny—. Y no lo llames «la» a la cara si no quieres ofenderlo: son «él», igual que las naves son «la».

—¿Qué se siente cuando... cuando él está conectado?

—Es como correr dentro de una casa en llamas —dijo Kolodny. Li detectó la sonrisa en su voz a pesar del traqueteo y el estruendo de la nave—, solo que la casa ardiendo eres tú.

Li alzó la vista y miró a Kolodny, que seguía limpiando la vieja carabina que llevaba siempre encima. Debería haberle dicho algo al respecto, por supuesto. En esa misión solo se permitían armas no letales. Sin embargo Kolodny se había ganado el derecho a infringir unas cuantas reglas y, para ser sinceros, ella misma estaba infringiendo esa misma regla también.

Sacó de nuevo la cabeza por la ventana y vio el objetivo: un punto brillante y plateado, en medio de los oscuros campos. Aparecía y desaparecía con cada cabeceo de la nave. Creció hasta convertirse en dos edificios, y después en cinco. Una puerta. Una torre. Una doble barrera brillante de cortante alambre de espino, recién colocada, cerraba el conjunto y lo separaba de los alrededores. La alambrada rodeaba una estrecha franja de tierra del mismo ancho, más o menos, que las huellas de la patrulla de vigilancia, y encerraba en su interior un espacio como un campo de béisbol. Li incrementó el nivel de aumento de su óptica y vio huellas de patas en el polvo. Intel les había advertido de que habría patrullas de perros y, según parecía, por una vez tenían razón.

Más allá de la franja de tierra se alzaba un elegante cubo de aleación de virufactura: un módulo prefabricado del tamaño de una oficina, que se repetía idéntico por toda la estación orbital de repetición Bose-Einstein de Metz y que se lanzaba desde la órbita de cada planeta. Li supuso que había sido ese pequeño lujo lo que había llevado al descubrimiento del laboratorio: la factura del transporte debía haber llamado la atención en Alba. El cubo debía haber brillado como una perla allá arriba en la estación orbital, pero en la superficie del planeta resultaba tan gris como el cielo del color del hollín que se reflejaba en sus ventanas. Justo al sur del cubo, oculto entre dos largos barracones Quonset de techo bajo para guardar el equipo agrícola, yacía la destartada mole de la planta de remolacha.

Li observó a su equipo, que la rodeaba. Shanna, Dalloway, Catrall y Kolodny eran veteranos, no tenía que preocuparse por ellos. Cohen era Cohen. Él haría su trabajo

inmejorablemente, como siempre, fueran las que fueran las incomprensibles razones que una IA tuviera para hacerlo. Y no necesitaba preocuparse por el hecho de que pudiera resultar herido porque él jamás estaría físicamente presente excepto a través de Kolodny. Su gran preocupación eran los dos soldados rasos novatos, que acababan de incorporarse hacía dos días. Necesitaban tiempo, entrenamiento. Y bueno, no lo tendrían. O bien lo pillaban todo a la primera, o no pillarían nada.

—Dos minutos —gritó Li, alzando la voz por encima del viento.

Nadie respondió, todos estaban esperando a que Cohen se conectara.

Li revisó por última vez sus armas: el rifle de pulsos de boca larga, el alterador neural del Cuerpo, llamado la Víbora debido a sus distintivos ánodos salientes en forma de colmillo, y la Beretta, reconstruida por ella misma. Entonces dio una vuelta por la cubierta de vuelo, separó bien las piernas para contrarrestar los baches y la pendiente y revisó las armas, el equipo y los ojos de su gente.

Prestó especial atención a los nuevos reclutas, les habló, se esforzó por esbozar una sonrisa confiada, que ocultara el miedo que sentía ante esa misión. Al inclinarse sobre el rifle del más joven de ellos, se le salió el crucifijo por el escote de la camisa. Por un segundo la cruz se balanceó hacia delante y brevemente soltó un destello dorado.

—Es bonito —dijo el chico, que inmediatamente se ruborizó y añadió un «comandante», aunque tarde—. ¿De dónde lo has sacado?

Li volvió a metérselo por el escote de la camisa antes de contestar:

—Me lo dio mi padre.

Terminó con el resto del pelotón y se acercó a Kolodny. Se agazapó delante de ella. No para revisar nada, porque Kolodny era demasiado profesional como para eso, sino simplemente para despedirse antes de entrar en conexión.

—Bueno —comentó Kolodny—, esto va a ser interesante. Una orgía total, está claro.

Li se encogió de hombros.

—Eso parece.

—Es una lástima que yo no vaya a estar para verlo —continuó Kolodny con una amplia sonrisa, enseñando los dientes—. Tendrás que alcanzarme de camino a casa.

—Lo haré —dijo Li.

Li se inclinó hacia delante para revisar la carabina de Kolodny. Nunca estaba de más. Y Kolodny la conocía demasiado bien como para ofenderse. Al alargar la mano, el crucifijo volvió a balancearse hacia delante otra vez.

Kolodny lo atrapó. Antes de que Li pudiera reaccionar, agarró la cadena de la que colgaba y la enrolló alrededor del botón superior de la camisa de Li para que se quedara quieta.

—Ya está. Mejor así, ¿no?

Li se giró para observar aquellos ojos grises.

—Cohen.

Él sonrió.

—Siempre sabes reconocerme —dijo él—. ¿Cómo lo haces?

Li se puso en pie, atravesó de nuevo la cubierta de vuelo y se sentó frente a él. Segundos después, la voz ronca de contralto de Kolodny entonó unos cuantos versos de una canción de Charles Trenet.

Era la canción favorita de Cohen, o al menos lo había sido durante los tiempos en los que ellos dos habían comenzado a meterse en líos. Al preguntarle Li qué canción era esa, Cohen le había respondido que se tomara la molestia de buscarlo, pero lo único que había encontrado eran unos cuantos sitios web, no interactivos y muertos hacía mucho tiempo, y una críptica referencia a una Legión Extranjera Francesa, que la hizo preguntarse cuántos años tenía exactamente Cohen.

—¿Estamos listos? —preguntó Li.

Por toda respuesta se oyeron unos cuantos versos más de la canción, pero esa vez no entonados con la voz de Kolodny, sino en línea, en la fluida voz de tenor de Cohen:

*Quand tu souris, tout comme toi je pleure en secret.*

*Un rêve, chérie, un amour timide et discret.*

El oráculo le tradujo la letra, pero que la partiese un rayo si sabía qué tenían que ver los sueños secretos o el hecho de cantar por dinero con las misiones técnicas.

Entonces el enlace falló justo en ella, y Li se vio arrastrada mar adentro por una tremenda resaca hacia las redes neuronales interconectadas de la IA. Cohen mantuvo la conexión con ella, la definió con nitidez, y luego fue llevando hasta allí a todos los miembros del equipo, uno a uno, hasta que se oyeron siete voces altas y claras. Solo Kolodny se había perdido: sus reflejos y su programación de combate estaban a disposición de Cohen, pero ella misma no volvería a aparecer hasta que no terminara la misión, y su vida dependía de las decisiones que él tomara mientras se mantuviera conectado.

<Un minuto> le dijo Li al pelotón. <Apagad el GPS.>

Li apagó el GPS y notó que los demás hacían lo mismo. Entonces se produjo la larga, paralizante y confusa pausa antes de que Cohen retomara la conexión y comenzara a proporcionarles las correcciones de posición pertinentes a través del sistema inercial de Li. Para ella, ese era siempre el peor momento, un instante de profunda ansiedad subliminal ante la idea de perder la corriente de datos. La insoportable idea, impensable para alguien que había estado conectado durante toda su vida adulta, de que no sabía dónde estaba y de que solo Cohen se interponía entre ella y el hecho de estar perdida.

Por fin se reinició la conexión con Cohen, y Li sintió que las extremidades se le aflojaban de puro alivio. Entonces, sin previo aviso, la conexión volvió a apagarse intermitentemente hasta que por último se desvaneció. De pronto apareció Kolodny en el lugar en el que, segundos antes, Li solo había sentido la resaca que la arrastraba hacia el vasto glaciar de la red de la IA.

Uno de los nuevos reclutas gimió mientras los embargaba la oleada de vértigo propia del vacío de estar sin red. Li sintió que se le encogía el estómago. Cerró los ojos y esperó, sabía que revolverse y tratar de salir de la conexión solo serviría para estropear aún más las cosas.

Todo pasó.

Kolodny desapareció, y Cohen volvió a aparecer como si no hubiera pasado nada.

<¿Algún problema?> preguntó Li.

Si lo había, él no estaba dispuesto a admitirlo.

Descendieron hasta la esquina noroeste del recinto, serpenteando y ayudándose con cuerdas de rápel, entre el paso de una patrulla de perros y otra. Se deslizaban al abrigo de la sombra de la planta de remolacha. Li volvió la vista y vio el ciclo de pieles de bicho producidas por el programa de camuflaje: cielo tormentoso, marrón sucio, naranja oxidado.

La puerta del laboratorio estaba oculta en una pared lateral de la planta de procesamiento, justo donde Intel les había dicho que estaría. Li se quedó de pie, a un lado, mientras Catrall forzaba la cerradura. Luego ella y Dalloway programaron por triplicado el momento oportuno para bajar por una escalera de viruacero corrugado, fijaron bien el pie de la escalera e hicieron bajar después a los demás.

Según las instrucciones de Soza, la escalera debía dar a un largo pasillo por el que se accedía a una hilera de laboratorios exteriores. Li hizo un rápido e impreciso escáner de temperatura para asegurarse de que los laboratorios adyacentes estaban vacíos y, después, corrió por el pasillo a una velocidad cronometrada de ochenta y dos kilómetros por hora, tal y como estaba planeado. Mientras corría, sintió una punzada de advertencia en la rodilla izquierda. Ya pagaría más tarde aquel acelerón; los huesos y los ligamentos no podían mantener el paso del acero cerámico. Sin embargo, en ese instante, el tiempo era lo más importante.

Logró ponerse a cubierto y ordenó a un primer grupo del pelotón que la siguieran y se ocultaran a su lado. Escuchó, analizó y observó. Luego ordenó hacer lo mismo al segundo grupo, y por último les hizo a todos seguir adelante y girar en la esquina, corriendo uno detrás de otro de un modo impecable. El pelotón se reagrupó al final de un largo y ultramoderno compartimento de virufacturación. El laboratorio entero estaba construido con compuestos cerámicos. Paredes blancas, luces blancas, suelos y techos blancos; la única nota de color era un estilizado sol rojo, biológicamente peligroso, pintado en el suelo. El nombre de la corporación no estaba escrito debajo del dibujo, pero era lógico. No podía estar escrito en un laboratorio que, obviamente, era ilegal.

Había tanques de virufactura abiertos a lo largo de todo el compartimento, en medio de un desconcertante desorden de sistemas de conexión y biomonitores. La mitad de los tanques estaban vacíos; la otra mitad estaban medio llenos de límpida matriz viral de gran calidad.

<¿?> Li le lanzó una mirada inquisitiva a Cohen.

<Aquí no hay nada>, respondió él.

Cerraron la puerta del laboratorio y siguieron adelante.

Recorrieron los tres laboratorios siguientes, tal y como estaba previsto, pero no encontraron nada que llamara la atención de la IA. En el cuarto laboratorio, Li le cubrió las espaldas a Kolodny mientras Cohen hacía una primera incursión cautelosa y se conectaba al ordenador central. Cohen no tardó ni un segundo en confirmar los datos de Intel. El laboratorio cinco destacaba, en medio de la red del recinto, como un agujero negro por su total falta de salida de datos. Fuera cual fuera el trabajo ilícito que se realizara allí con artefactos húmedos, el laboratorio cinco era el epicentro de las operaciones.

Se llegaba a ese laboratorio número cinco tras torcer por un pasillo sin puertas ni ventanas; era el único pasillo sin salida de todo el complejo. Li llegó allí la primera. Se

detuvo, hizo un escáner y le indicó a Catrall que se posicionara contra la pared opuesta para cubrirla. Él le hizo una señal con la cabeza, y entonces ella se exprimió los músculos y aceleró para torcer en la esquina y dirigirse directamente a la fulminante ráfaga de luz blanca.

Siguió adelante y traspasó la luz; fuera cual fuera el riesgo que corría, lo peor que podía hacer era no aprovechar el factor sorpresa y arriesgarse a que la pillaran parada en la zona más peligrosa. Después rodó hasta colocarse detrás de un montón de tubos de agua salina estéril y se detuvo para calcular los daños.

Ninguno.

Había atravesado corriendo un haz de irradiación automática, instalado en el umbral de la puerta, que servía para salvaguardar el contenido de los tanques de virufactura no sellados del laboratorio. Su piel de bichos se las había ingeniado para enmascarar su presencia y neutralizar la alarma contra intrusos de modo que no se activara al pasar, protegiendo así a las virúculas, armadas en distinta medida que llevaba en la piel, y el uniforme del ataque de la radiación. Todo iba bien. Excepto por un detalle. Intel debería haberlos informado durante la instrucción de la presencia de ese haz. Debería haber figurado en los planes, pero no se había mencionado. Li se preguntó qué más habría pasado Intel por alto, y si la siguiente sorpresa sería tan inofensiva como la primera.

Nada más comprender que no había activado ninguna alarma, le hizo un gesto con la mano al resto del equipo. Disponían de doce minutos y veintitrés segundos antes de que volviera la nave. No podían perder el tiempo con precauciones innecesarias. Una vez que el perímetro estuvo asegurado, dividió al pelotón por parejas y les ordenó examinar los tanques. Dejó su conexión con el espacio real en estado de conmutación, lista para activarse en cuanto a alguien le subiera el pulso por encima de lo normal en combate, y continuó adelante con la de Cohen mientras él se conectaba de nuevo al sistema del laboratorio.

Los mecanismos de seguridad del laboratorio iban mucho más allá de un muro sin puertas ni ventanas. No podrían deslizarse por debajo del radar. Cohen tendría que enfrentarse a las mejores armas de la empresa y superarlas. La red estaba rota por media docena de sitios diferentes. Tendría que colarse en cada uno de ellos por separado y al mismo tiempo eludir a los guardias cuasi inteligentes que jugaban a defenderlos. No había puerta trasera ni salida alguna por la que entrar o escapar sin enfrentarse a programas de seguridad hostiles. Y aunque Cohen lograra burlarlos, Kolodny seguiría físicamente enchufada al ordenador central del laboratorio y sería vulnerable a cualesquiera bichos húmedos o códigos bioactivos que quisiera lanzarle el sistema.

Mientras Li observaba, Cohen estiró un brillante hilo de plata de código y lo retorció hasta hacer con él una banda de Moebius suelta. Luego la colgó en la página principal de la empresa, sobre un espacio público dedicado a poner mensajes. *Un caballo de Troya*, pensó Li. Era el truco más viejo del mundo.

Antes de que acabara de formular el pensamiento, Cohen ya se estaba riendo. <Un buen pirata debe conocer a los clásicos, Catherine.>

<¿Acaso hemos terminado el trabajo?>

<No, señora.> De nuevo el escolar moreno flotó por su interior. Tenía un brazo metido hasta el codo en una lata de galletas de colores brillantes.

Li se quedó mirándolo. El niño estalló como una pompa de jabón.

<Concéntrate en tu trabajo>, ordenó ella.

El programa de seguridad capturó al troyano tal y como estaba planeado. En ocho segundos se activaron todas las alarmas de la red. En veintitrés segundos el *software* contra intrusos del sistema había acorralado al troyano y se lo llevaba al zoo de virus externo al sitio. Por un momento no ocurrió nada. Luego una zona de confusa actividad dentro del zoo de virus estalló y se hinchó hasta convertirse en una turbulenta nube con forma de hongo, una nube de códigos mutantes, que se reproducían a sí mismos al azar.

Li contuvo el aliento mientras trataba de seguir a un código que giraba tan rápido que ni siquiera la oficial militar, un artefacto húmedo, podía seguirlo. Apagó la interfaz de RV y se zambulló en los números: era como una nadadora en el revuelto océano de las redes emergentes que era Cohen.

La estrategia de Cohen estaba funcionando. O al menos Li creía que estaba funcionando. El programa de seguridad seguía la pista de cada nuevo virus, rompía el código y mandaba antídotos disparados a la base de usuarios de toda la ONU. Pero se trataba de un juego que la defensa tenía perdido de antemano. El virus mutaba constantemente, de modo que generaba códigos nuevos a mayor velocidad de la que el sistema era capaz de romper, provocando así una avalancha espontánea y creciente de mensajes. Y cada nueva copia del virus, dentro del par del antídoto contenía en su interior otro código activo que atacaba al sistema que lo recibía, el cual volvía a enviar disparada otra petición de ayuda de vuelta al zoo de virus.

En doce segundos el servidor de red externo al sitio había excedido su capacidad, se había bloqueado y se había caído. El objetivo había sido separado del rebaño, y Cohen estaba listo para comenzar a trabajar en serio.

Li activó el conmutador del espacio real. El pelotón seguía sacando muestras del contenido de los tanques. Los revisaban sistemáticamente de uno en uno, siguiendo el orden de las filas. Examinaban su contenido y tomaban nota. La misión no consistía en buscar algo concreto y destrozar, sino solo en recoger información.

<Retirada en menos de 8 minutos, 10 segundos>, les dijo ella. <Daos prisa.> Ella volvió a conectarse justo a tiempo para ver como Cohen pescaba una serie de códigos de salida de los archivos personales del ordenador del laboratorio y se introducía en la base de datos como si se tratara de un administrador del sistema. <¿Todo despejado?>, preguntó ella.

<No queda nada que hacer, salvo olfatear el hueso.>

<Bueno, pues olfatéalo deprisa. 7 minutos, 41 segundos para la retirada.>

Y de vuelta al espacio real.

Iban retrasados. Li mandó a Shanna y a los dos nuevos reclutas al extremo contrario del laboratorio y les dijo que ella misma se ocuparía de los tanques que había en el centro de la fila. Se arriesgaban peligrosamente a perder la nave de vuelta, y no quería siquiera pensar en la posibilidad de que tuvieran que recogerlos con retraso, en medio de la tormenta de arena que rugía a ras de tierra. Ni quería tampoco descubrir, escarmentando en su propia cabeza, que Soza no había previsto una segunda retirada de reserva.

Unas cuantas filas más allá de donde estaba Li, Dalloway hizo una pausa y metió la mano en uno de los tanques abiertos. La sacó bruscamente y la sacudió con fuerza delante del rostro. La tenía manchada con el aceite de los virus y los contravirus mutantes, que luchaban entre sí y reflejaban los colores del arco iris. <¡Me estoy derritiendo! ¡Me estoy derritiendo!>

<Arrójalos, Dalloway.>

Entonces uno de los novatos gritó.

Fue un grito ahogado, Shanna le tapó la boca con una mano antes siquiera de que pudiera terminar de soltarlo. Pero cuando Li vio lo que estaba viendo la pareja, no pudo culpar al pobre chico.

Había un cuerpo en el tanque. Todos los tanques de ese extremo del laboratorio tenían un cuerpo dentro. Eran mujeres. O, para decirlo con más precisión, se trataba de una única mujer: menudita, inconfundiblemente coreana; un espécimen raro en sí mismo en el siglo cuarto de la diáspora humana. Tenía la piel marrón oscuro a pesar de la palidez que le producían el agua y la luz del laboratorio.

<No pueden tener una guardería dentro de una instalación no gubernamental>, dijo Dalloway, dubitativo. <¿Es que no hay leyes al respecto?>

<No es una guardería>, contestó Li. <Son solo anfitriones para artefactos húmedos.>

Pero aquel no era ninguno de los artefactos húmedos aprobados por ley que ella hubiera visto a lo largo de su vida.

Miró en el tanque que tenía delante. Tomó mentalmente nota del código de barras, grabado en la carne amarillenta; observó las extremidades atrofiadas; el brillo plateado del filamento de acero cerámico, serpenteando entre las células nerviosas al descubierto. A simple vista, que un artefacto húmedo creciera allí no llamaba la atención más que por el hecho de que cada soldado estuviera equipado con un trabajito de IA por cable, o por el de que un adolescente rico, civil, usara un aparato de RV para *surfear* por la corriente del espacio. Pero aquellos artefactos húmedos estaban creciendo en cuerpos humanos adultos, no en matriz viral. Y los pálidos rostros sumergidos eran demasiado idénticos, demasiado regulares, demasiado inhumanamente perfectos como para ser otra cosa que constructos genéticos.

Li se quedó mirando esos cuerpos. Se sentía como atrapada por un eco, por una brizna de memoria que se le escapaba igual que un caballo embrujado cada vez que intentaba ponerle las manos encima. ¿Acaso había visto antes esa línea genética?, ¿en Gilead? ¿Cultivaban artefactos húmedos para los soldados del sindicato? Y, ¿por qué? ¿Quién podía estar tan loco como para arriesgarse a hacerlo?

<¿Puedes poner en marcha alguna de estas muestras?>, le preguntó a Shanna.

<Claro, pero ¿qué hacemos si es... si es lo que parece?>

Li comprobó cuánto tiempo les quedaba. Siete minutos, doce segundos. <Llamaremos a Soza. Cohen, vamos a necesitar una línea al cuartel general.>

<No, no la vas a necesitar.>

<Aquí tenemos un problema.>

<Es irrelevante. Toma las muestras y olvídalas.>

<Pero ¿has visto esto?>

<Sí>, respondió Cohen, en esa ocasión, por el enlace privado. <Pero no vas a hablar con Soza por la línea, por mucho que llames. Y como llegues tarde y pierdas

la nave de vuelta, te aseguro que los constructos ilegales que crecen aquí van a ser la menor de tus preocupaciones.>

Li terminó de comprender el sentido exacto de las palabras de Cohen al tiempo que Shanna hacía la primera lectura de ADN.

—Son constructos, está claro —dijo Shanna.

Catrall juró.

—¿Y esos bastardos nos han metido en una instalación del sindicato sin decírnoslo siquiera? ¿Qué clase de cabr...?

—¡Olvídalo! —le ordenó Li—. ¿De qué sindicato? —añadió en dirección a Shanna—. ¿A qué series pertenecen?

Shanna vaciló.

—No son... No creo que sean en absoluto conjuntos de genes del sindicato. Esto es tecnología obsoleta. Productos de empresas de antes de la Ruptura. Estas cosas son jodidos dinosaurios.

Y de pronto Li supo con nauseabunda certeza qué era lo que estaba viendo. Recordaba aquel rostro, pero no porque fuera el de un antiguo enemigo suyo, sino porque era el suyo mismo.

Esos constructos eran sus gemelos: aquel era su conjunto de genes analizado, empalmado y patentado para sobrevivir al infierno, creado por el hombre, de las minas Bose-Einstein del mundo de Compson. Y estaba allí a pesar del hecho de que hacía más de veinte años que era ilegal meter en un tanque a un constructo genético en cualquier lugar del espacio de la ONU.

Li se apartó de allí. Se sentía enferma y estaba mareada. Esperaba que el misterioso parecido fuera visible solo para sus ojos.

—¡Terminemos de una vez y vayámonos de aquí! —exclamó Li—. Y concentraos en la tarea. Tenemos que largarnos en esa nave, o nos va a caer encima una gorda. Siete minutos y contando.

Li abrió la ventana de la realidad virtual y se encontró con que Cohen seguía copiando archivos.

<6 minutos, 51 segundos para la retirada>, le envió Li a Cohen. <¿Desde cuándo sabes lo de la artillería?>

<Acabo de acordarme.>

<¿Y esperas que yo me lo crea?>

<Puedes creer lo que te dé la gana, pero cállate y déjame trabajar.>

Li le concedió un minuto entero.

<5 minutos, 51 segundos>, le dijo ella una vez más. <Tienes un minuto y veinte segundos.>

<Necesito más.>

<No tenemos más.>

Li activó el conmutador del espacio real. El pelotón esperaba impaciente, la miraban nerviosos.

<Comprueba el pasillo>, le ordenó a Dalloway.

De nuevo en línea. Cohen estaba llevando a cabo veintitantas búsquedas paralelas en ese momento; trabajaba tan deprisa que ella solo podía ver de él un brillante haz de luz helada, cortando los números del ordenador del laboratorio.

<¿Cómo vas?>, inquirió ella una vez más.

No hubo respuesta.

<¡Contesta, Cohen!>

<¡Lo tengo!>, exclamó él.

El enlace vaciló.

—¡Mierda! —exclamó Kolodny, sacudiendo la cabeza y parpadeando.

Segundos después Kolodny se había ido, y el enlace se reestablecía antes de que Li tuviera tiempo siquiera de sentir una ola de vértigo.

<¿Qué demonios ha sido eso, Cohen?>

<No puedo... hay algo jodido en la interfaz. Dame solo un minuto.>

<No tenemos ese minuto.>

Pero un minuto más tarde él seguía conectado, y Li seguía esperando.

<¿Es que acaso voy a tener que desconectarte yo?>, preguntó Li, girándose para mirarlo.

Fue entonces cuando vio sangre en el rostro de Kolodny.

Apartó bruscamente a Kolodny del ordenador del laboratorio y tiró del cable que la conectaba por la cabeza, aún a sabiendas de que llegaba demasiado tarde. Li seguía ahí de pie, con el cable en la mano, cuando sonaron los primeros disparos por el pasillo.

<Todos al suelo>, gritó Dalloway por radio.

Li volvió a la realidad virtual y se hizo cargo de la conexión de Dalloway. Catrall yacía retorcido, hecho un ovillo, al pie de las escaleras. Ante su vista aparecieron súbitamente cuatro guardias: el último de ellos se detuvo para darle la vuelta al cuerpo de Catrall con la bota y quitarle el rifle.

—¡Nos vamos! —le dijo ella a Cohen.

Pero la única respuesta que obtuvo fue el ruido que hizo la carabina de Kolodny al caer al suelo.

Kolodny se estaba desangrando. Le salía el fluido por los orificios de la nariz dejando un rastro de agua rosada sobre las losetas blancas del suelo. Se movía dando sacudidas, los músculos de la espalda y de las piernas comenzaban a sufrir espasmos. Li había visto bichos húmedos funcionando antes: no le hacía falta que Cohen le dijera que, en pocos minutos, Kolodny sería completamente incapaz de andar. O que se estaba deslizando por una pendiente que solo podía terminar de un modo, a menos que la sacaran de allí en una línea plana.

<¿Puede caminar?>, preguntó Li.

<Por ahora.>

<¿Y si cortas la conexión con ella?>

La carcajada de Cohen hizo vibrar los números como una ola de fuego. <Yo soy lo único que la mantiene en pie.>

Li oyó disparos en el pasillo. Y esa vez no se trataba del aullido amortiguado de los rifles de pulsos, sino del estallido de balas de verdad, golpeando hormigón y acero cerámico. Dejó en estado de conmutación el canal de Dalloway y vio que él estaba inmovilizado en el extremo opuesto del pasillo. Shanna y los otros estaban demasiado lejos como para cubrirlo.

El laboratorio parecía en ese momento tres veces más largo de lo que le había parecido al entrar. Tras recorrer solo la mitad de la distancia, las constantes vitales de

Kolodny comenzaron a subir y bajar. Mientras tanto, las alarmas se iban accionando a espaldas de Li como luces de emergencia.

—¡Espera! —jadeó Cohen, soltándose de ella para volver al ordenador del laboratorio.

Li siguió la dirección de la mirada de Cohen hasta la mano vacía de Kolodny, y entonces recordó el sonido metálico de la carabina al caer sin que nadie se diera cuenta ni se agachara a recogerla.

—¡Está demasiado lejos! —gritó Li, tendiéndole su propio rifle de pulsos.

—¡No! —exclamó Cohen—, ¡guárdatelo! De todos modos tienes que cubrirme, y la Víbora no sirve para eso. Ni siquiera deberías usarla.

—Nadie está usándola —contestó Li mientras se agachaba para sacarse la Beretta de la cartuchera del tobillo.

Li vio la mirada de asombro de Cohen, a pesar de que el rostro de Kolodny estaba desfigurado.

—Catherine, si matas a alguien con eso...

—Lo sé —contestó Li, que había comenzado de nuevo la marcha—. Será mejor que nos aseguremos de que no va a hacerme falta.

Solo faltaban quince metros, pero fueron los peores. Nadie los cubría, no tenían más que las pulidas baldosas blancas, porque no había ningún lugar tras el cual refugiarse, excepto los tubos de agua salina a un lado de la puerta. Pero para llegar hasta esos tubos primero tenían que atravesar todo el laboratorio.

Nada más comenzar a recorrerlo, dos guardias giraron en la esquina. Uno de ellos llevaba la carabina de Catrall en las manos, y trataba de anular la cerradura de ADN. El otro llevaba un arma de fuego elegante y cara que el oráculo de Li identificó como una Kalinin 308 con óptica Vologda.

Li se lanzó con la cabeza gacha y golpeó al primer guardia a la altura de las rodillas, antes de que él tuviera tiempo de reaccionar. Siguió empujándolo, avanzando con las dos piernas sin dejar de golpearlo, y sintió como una de las rodillas le cedía y se le partía.

Antes de que el otro guardia pudiera girar el largo cañón de la Kalinin para apuntarlo, Li alzó al hombre herido y lo apuntó con la Beretta en la sien.

Su compañero se quedó paralizado. La boca negra de la Kalinin zozobró.

Li sonrió con dureza y levantó a su rehén, manteniendo la Beretta presionada contra el cráneo. Entonces comenzó a caminar hacia los tubos de agua salina. Si salían vivos de allí, alguien iba a llevarse un buen disgusto por tener toda esa porquería almacenada allí.

Pero entonces aparecieron otros dos guardias en la puerta. Como la primera pareja, llevaban monos de trabajo sin nombre de la empresa y armas de última generación. Li los oyó gritarle al rehén que bajara la cabeza.

—No creo que ese sea un buen consejo —dijo Li.

Li apretó el brazo con el que tenía agarrado al rehén por el cuello, tanto para mantener su cabeza bien alta como para recordarle lo que un trabajito de cables especializado en el mantenimiento de la paz podía hacerle a la carne y al hueso.

Su sistema interior se estaba volviendo loco: distintas alarmas se encendían y apagaban sucesivamente, advirtiéndole de que era el blanco de uno u otro tirador, según el alcance de cada una de sus armas. Y si estaban dispuestos a matar a su rehén con tal de apresarla,

entonces estaba perdida. Cualquier soldado al que hubiera entrenado Li habría apretado el gatillo en el mismo instante en el que ella había apresado al rehén, asumiendo el riesgo de matar a un amigo y aceptándolo como lo que era; algo inevitable. Sin embargo hasta ese momento aquellos guardias se habían portado como simples aficionados.

Si continuaba la buena racha, Kolodny y ella escaparían gracias a su falta de profesionalidad.

Li se ocultó detrás los tubos y arrojó al rehén contra la pared.

—Escucha —le dijo—: desde aquí no tengo muchas posibilidades de alcanzar a tus amigos, pero a ti, desde luego, te tengo a tiro, así que permíteme que te diga lo que vas a hacer.

Segundos después el guardia salía de detrás de los tubos y avanzaba lentamente hacia Cohen.

Para cuando los guardias que estaban fuera comprendieron lo que Li pretendía hacer, Cohen estaba ya atravesando el laboratorio detrás del rehén con la carabina de Kolodny apretada contra la cavidad torácica. El truco funcionó, al menos hasta atravesar la mitad del laboratorio. Entonces, por alguna extraña razón, Cohen se detuvo y aflojó la mano con la que agarraba al guardia por el cuello.

<¡Cuidado!>, gritó Li por el canal de Cohen.

Mientras vociferaba, Li sintió que Cohen hacía saltar el enlace como si se tratara de las hojas de un árbol ante una fuerte oleada de viento.

<¿Qué demonios ocurre?>, preguntó Shanna desde el pasillo.

Entonces la conexión se cayó del todo, y Cohen desapareció.

Kolodny se tambaleó y cayó al suelo, incapaz de sostenerse una vez que la IA se hubo desconectado. Se quedó de rodillas en medio del laboratorio, con la boca abierta, temblando, como un buceador que hubiera salido demasiado deprisa de lo más profundo de las aguas.

—¡Kolodny! —gritó Li.

Por un instante que debió durar menos que un latido, todo se paralizó. Nada más girarse para mirar a Kolodny, Li vio sus sanguinolentos globos oculares; una pequeña mancha en la manga izquierda del uniforme; la borrosa quemadura de la mano que Kolodny se había hecho con el cañón de un rifle de pulsos, practicando el tiro.

Entonces el rehén dio marcha atrás, los guardias de la puerta dispararon, Kolodny se puso en pie, se tambaleó y, por último, cayó boca abajo y se quedó inmóvil.

El resto de la incursión consistió en una serie inconexa de escenas.

Correr por el pasillo bajo las intermitentes luces de emergencia, con Kolodny auestas cargada sobre los hombros; subir por las escaleras a la increíble velocidad que permite el acero cerámico, pero que hace polvo los tendones; embestir con la cabeza contra un chico flaco, vestido de civil y armado con un rifle de pulsos barato. La centésima de segundo de un parpadeo, en la cual Li comprendió que las cosas se habían precipitado de tal modo y la espiral estaba ya tan fuera de control que lo único que podía hacer era sobrevivir.

Entonces entraron en acción los reflejos optimizados, y el artefacto húmedo y el filamento de acero cerámico comenzaron a dirigir y a mover el cuerpo de Li a una

velocidad mayor de la que es capaz de alcanzar la carne humana. Y fue entonces cuando se produjo la mirada incrédula del chico, cuando la bala que le había disparado Li le destrozó el cuello antes incluso de que él pudiera siquiera pensar en tirar del gatillo.

La carrera final a través de la infinita extensión de hormigón pulido; el ligero golpe de dolor entre el codo y el hombro.

Y luego nada.

Su última visión fue un cielo plomizo y gris, viento, lluvia sobre el rostro. Kolodny yacía a su lado, ojos abiertos. El humo se enroscaba perezosamente por encima de ellas, y Li olió algo que reconoció con una desconcertante sensación de desapego como su propia carne, chamuscándose.

Dalloway apareció por encima de ella, se inclinó y la agarró por las axilas.

—¡Primero Kolodny! —gritó ella.

Pero él sacudió la cabeza.

Li se desmayó y recuperó de nuevo la consciencia, sintió la cubierta de vuelo blindada contra la espalda. Alguien jugaba con sus piernas: se las levantaba y le metía cosas debajo. Un médico técnico le puso algo en la mano izquierda y le dijo que lo apretara; se trataba de una bolsa de suero intravenoso.

Li trató por todos los medios de decirle que ella era diestra, pero de algún modo su mano derecha escapaba al perímetro de su visión y no parecía dispuesta a obedecer las órdenes que le enviaba su cerebro. Así que se quedó tumbada, sujetando la bolsa, perdiendo y recuperando alternativamente la consciencia mientras la nave volaba por un cielo tan frío y mortecino como los ojos de Kolodny.

## Sistemas con un grado de libertad

Sección (2). El requisito de registro de la Sección (1) (a) (2) y otros requerimientos de registro adicional, restricciones de viaje y otras restricciones, como las que prescriben las regulaciones administrativas relevantes conforme a esta Resolución, se aplicarán a

(a) todos los ciudadanos de los sistemas controlados por el sindicato, tal y como se definen en la Sección (2)(c) más abajo;

(b) cualquier ciudadano de la Organización de las Naciones Unidas en cuyo conjunto genético conste más de un veinticinco por ciento (25%), tal y como se define en la Sección (2) (d) (II) más abajo, de material genético patentado incluido en la Lista de Tecnología Controlada, recogida en la Resolución 235625-09 de la Asamblea General y enmendada a partir de este momento.

—Resolución 584872-32 de la Asamblea General  
de la Organización de las Naciones Unidas.